



AGENDA DE PODER



POR HUMBERTO
BLIZZARD
@BETOBLIZZARD

El impuesto a la credulidad

Adentrados ya en la recta final del año, uno de los temas que más peso tiene en la vida política del país es el del Presupuesto de Egresos e Ingresos, que no es otra cosa sino la cantidad de dinero que el gobierno calcula recaudar y cómo planea gastarlo.

A diferencia de los años recientes, el paquete económico para 2026 tiene poco de político, es decir, de negociación o concertación—. La razón es simple: Morena y sus aliados controlan por completo el Congreso, y con ello también el rumbo del gasto público.

Sin contrapesos ni necesidad de negociar con la oposición, la 4T encontró sus verdaderos dilemas dentro de sí misma. En particular, en lo relativo a uno de sus mantras históricos, desde la época de López Obrador: “no aumentar ni crear nuevos impuestos”. Y el dilema existe porque, aunque arropados en tecnicismos, lo cierto es que este presupuesto aprobado incluye incrementos o “actualizaciones” que, en la práctica, significan pagar más.

Es cierto: no es lo mismo subir impuestos que crear impuestos nuevos. Pero la diferencia es meramente técnica. El resultado es el mismo: el Estado cobra más y el ciudadano paga más. Y con esa semántica ha jugado el oficialismo —desde los diputados hasta la propia presidenta Claudia Sheinbaum— para repetir la consigna al unísono de que “en Morena no se crean nuevos impuestos”.

El argumento, si revisamos los hechos, resulta tramoso. La promesa de “no subir impuestos” no era una promesa técnica, sino una promesa social: no golpear más a los bolsillos de los mexicanos. Llamar “actualización” a un aumento que no se aplicaba desde hace años o que nunca se había aplicada es, en la práctica, un nuevo impuesto.

El gobierno ha expuesto dos grandes argumentos para justificarlo. El primero: que ni el IVA ni el ISR —los dos impuestos que más recauda el Estado y del que prácticamente ningún mexicano se puede “escapar”— fueron modifica-

vámenes buscan desincentivar prácticas nocivas, como el consumo de bebidas azucaradas.

Sobre el primero, es cierto: ni el IVA ni el ISR cambiaron. Pero también lo es que ambos, en la práctica, aumentan, aunque no aumenten directamente en el Congreso, en el papel o en el presupuesto. Cuando los precios suben, el IVA —no en porcentaje, pero sí en monto— también termina recaudando más. Y si los salarios aumentan, el ISR hace lo mismo. Nadie puede dejar de comprar alimentos, bebidas, pagar servicios, gasolina. Los salarios, por su parte, aumentan año con año. Son por tanto impuestos que, sin tocarlos, se engordan solos.

El segundo argumento —el de la salud pública— cobra sentido cuando vemos que se aumentaron los impuestos a las bebidas azucaradas; pero lo pierde por completo cuando vemos que también se gravaron bebidas con edulcorantes no calóricos, las mismas que se promueven —incluso de manera oficial— como una alternativa “más saludable”. El caso de los sueros orales fue aún más polémico: varios influencers “médicos” o “especialistas” fueron evidenciados por recibir pagos a cambio de hablar mal de estos productos, justo en el momento en que se pretendía justificar ante la opinión pública el nuevo gravamen. ¿Quién podría tener interés en demonizar un producto justo antes de gravarlo? La respuesta es tan obvia que ni necesita pronunciarse.

Hablar de impuestos “sanitarios” o “benéficos” para la sociedad, simplemente no tiene cabida. El fin real de esta “actualización” no es cuidar la salud, sino recaudar más. Punto. Y a la lista de se suman otros cobros “ajustados”: entradas a museos, permisos de salida para menores, videojuegos violentos, entre otros, varios de ellos inexistentes hasta el día de hoy o, en el lenguaje de oficialismo, “nunca antes actualizados”.

Todo lo anterior me deja dos reflexiones que, a la vez, terminan siendo certezas. La primera: el gasto público mexicano ya no cabe en su propio bolsillo. En los últimos años, el país ha multiplicado sus gastos fijos —como becas y programas sociales— y, además, sostiene

obras que no generan todavía ingresos: el Tren Maya, el AIFA o la refinería de Dos Bocas, está última aún sin operar plenamente. Y no perdamos de vista qué estos gastos, al final, se originaron y comprometieron durante el gobierno de López Obrador, no del de Claudia Sheinbaum. Pero tampoco pretendo entrar en el debate sobre si muchas de estas obras son faraónicas o innecesarias, o si realmente el país las requería. Hay aspectos, como los apoyos a los adultos mayores que me parecen una deuda histórica que nuestra sociedad tenía para con ellos. Las becas a muchos jóvenes para que puedan seguir estudiando, también lo era. Pero aquí el asunto no es de justicia. Ni siquiera de necesidad. Es un mero tema de finanzas, de matemáticas. Entender que, si se gasta un peso que no se tiene, alguien terminará pagándolo.

La segunda certeza es sobre el discurso de los últimos días. Burdo, risible y hasta ofensivo ha resultado el intento de sostener que “no se han creado nuevos impuestos”. Amparado en tecnicismos como “ajustes” o “actualizaciones”, el gobierno pretende vencer al contribuyente de que el golpe fiscal es solo un reacomodo. Aumento, impuesto nuevo o reacomodo, la factura llega igual.

Y esto el gobierno, lo sabe. Incluso aquellos personajes mediáticos que apoyan al actual oficialismo. Pero también saben que, en este momento, resulta menos costoso llevar el debate público a la arena de definir si son realmente “nuevos impuestos o actualizaciones”, que terminar llegando al terreno de cuestionar las razones por las que el gobierno, hoy en día, necesita justamente de esos “nuevos impuestos o actualizaciones”.

En economía, como en política, la aritmética no se puede negociar. Recaudar más implica —inevitablemente— cobrar más. Lo demás es semántica, discurso. El problema no es que México necesite más ingresos —los necesita—, sino que el gobierno prefiera maquillar el hecho antes que admitirlo.

Nos vemos el próximo jueves. Tenemos una cita con el poder. Agendado.

Hablar de impuestos “sanitarios” o “benéficos” para la sociedad, simplemente no tiene cabida. El fin real de esta “actualización” no es cuidar la salud, sino recaudar más. Punto. Y a la lista de se suman otros cobros “ajustados”: entradas a museos, permisos de salida para menores, videojuegos violentos, entre otros, varios de ellos inexistentes hasta el día de hoy o, en el lenguaje de oficialismo, “nunca antes actualizados”